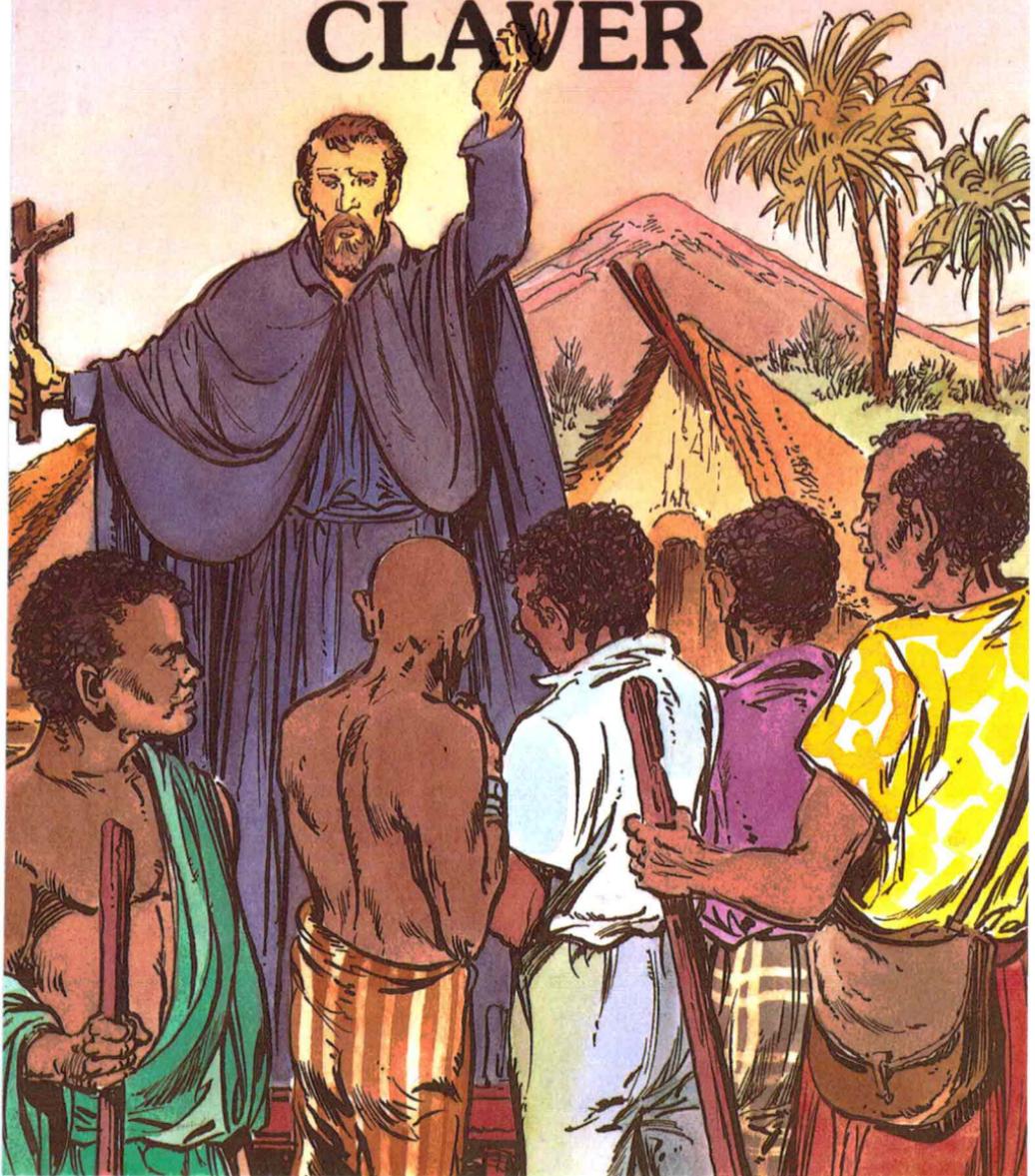


SAN PEDRO CLAYER



SAN PEDRO CLAVER

Rafael M.^a López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - SEVILLA



Mis caminos no son los vuestros

Estas hermosas palabras las dictó el Espíritu Santo por medio del Profeta Isaías... Y icuántos disgustos e incomprendimientos se sufren a veces por querer meter a Dios en nuestros encasillados humanos!

El pequeño Pedro nació en un pueblecito catalán llamado Verdú, enclavado en el valle de Urgel... Sus padres, sencillos labradores, dieron a su hijo una sencilla educación como ellos podían hacer en su pueblecillo.

Sus padres eran muy buenos cristianos y es la herencia más grande que dejaron a sus tres hijos que les sobrevivieron, especialmente al penúltimo que será nuestro protagonista.

A pesar de ser labradores y pertenecientes a un pueblecillo rural le envidiaban su suerte a Pedro los vecinos, porque decían:

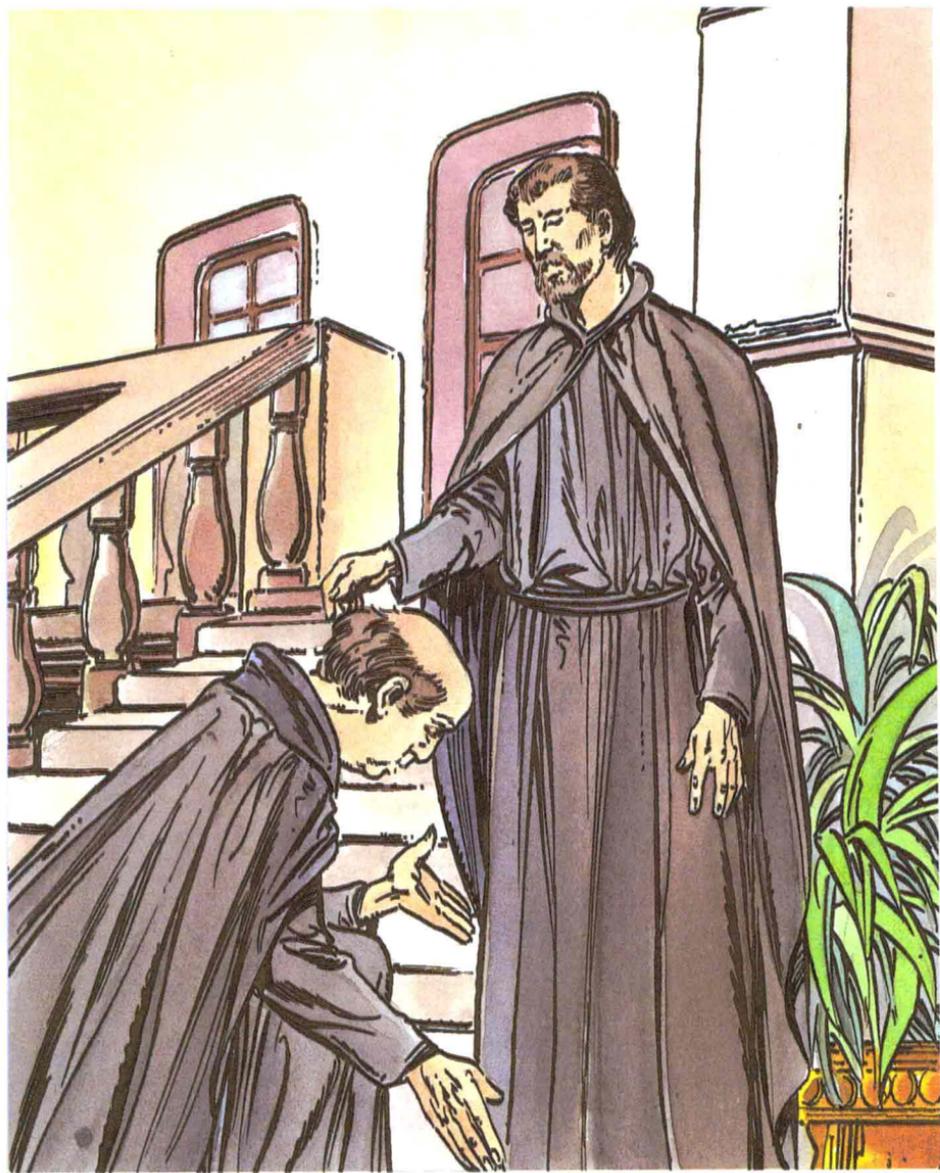
—Ya tiene la vida asegurada con su tío el canónigo de Solsona. Se irá con él y después de estudiar un poco heredará la muceta canonical...

Entonces esto era cosa común: tuviera o no vocación para ello te enrolaban en el oficio o carrera de tu tío... Se heredaba ésta igual que una fina o una pareja de bueyes...

Pero otros muy distintos eran los caminos del Señor. Será siempre también cierto aquel refrán que dice: «El hombre propone y Dios dispone...».

Los sueños de Claver son muy diferentes de la gloria humana ya desde ahora. El ha oído decir a su santa madre y al cura de la parroquia...

—Que hay muchas almas que salvar. Que nuestro Señor Jesucristo debe ser predicado por todos... Que en América hay muchos indios que no conocen ni aman a Jesús...



El encuentro de dos Santos

Como la idea de salvar almas seguía rondando en su cabeza y ardiendo en su corazón un día abandona la Universidad de Barcelona donde se encontraba entregado a los estudios literarios y de humanidades y marcha a Tarragona para pedir a los Padres jesuitas que le admitan al noviciado.

Cuando a los veinte años llega a la isla de Mallorca para estudiar filosofía al llegar al convento se realiza un maravilloso prodigio:

Al cruzar el umbral de la puerta el Hermano Portero, anciano venerable, que nunca había visto a aquel joven, se echa a sus pies y se los besa con gran afecto... Al verse avergonzado el joven estudiante hace otro tanto...

—¿Quién era aquel anciano Hermanito?

—Un segoviano que llevaba allí más de cuarenta años abriendo y cerrando la puerta a todos los estudiantes y teniendo con ellos más paciencia que el santo Job bíblico.

—¿Qué había sucedido?

El anciano Portero, San Alfonso Rodríguez, había tenido una revelación días antes de lo que le esperaba a aquel joven cuando fuera mayor... Vio que en el cielo había un riquísimo trono que estaba reservado para Claver y oyó que le decían:

—«Este trono está reservado para Pedro Claver porque en las Indias tendrá que padecer mucho por mi causa»...



Rumbo a América

Mientras esto escribimos vienen a nuestra mente la vida de otro gran jesuita también que al igual que Claver con tanta insistencia pedía a San Ignacio de Loyola que lo enviase a las Indias o al Japón... y cuando todo salió al revés de lo que estaba previsto y ve realizados sus deseos, le dice Ignacio, según tan lindamente ha dejado escrito Pemán:

—Ahora, sí, Javier querido/, que puede en tu corazón/ estallar esa ambición/ que tanto te he corregido//. Ya no es agua que deshecha/ se despeña en el barranco/, ya va a su objeto derecha/ lo mismo que va la flecha/ sobre los vientos al blanco/.

Todavía resonaban frescas en su memoria las palabras que le repetía el Hermano Alfonso María:

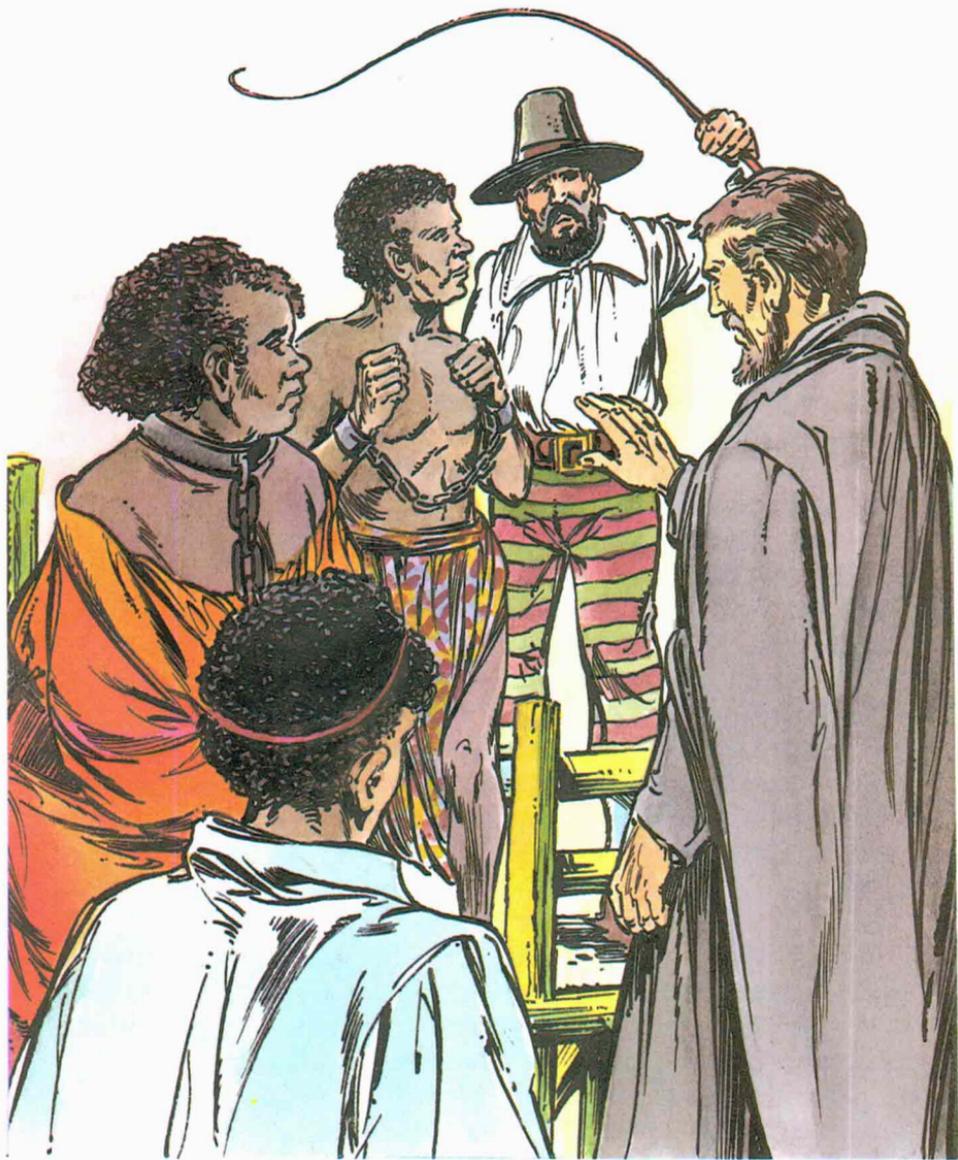
—«Hermano carísimo: ¡Qué campo más vasto se abre a vuestro celo! Si la gloria de Dios os interesa, id, id a las Indias. Si amáis a Jesucristo cruzad los mares y recoged la sangre santísima que por allí se halla derramada».

Pide una y muchas veces al Padre Provincial el permiso para ir allá. El sueña con aquellos apostolados, con las dificultades que le esperan, quizá hasta el martirio. Pero él mismo piensa que no es digno de tanto honor y se contenta con enseñar el evangelio, ayudar a los más pobres, y, lo que él todavía ignora, *ser esclavo de los esclavos...*

Un día el Padre Provincial le escribe:

—«Durante mucho tiempo no he dado oído a sus ardientes peticiones. Por fin no puedo resistir tan ardientes deseos y por lo mismo comunico a vuestra reverencia que deberá partir para América cuanto antes»...

El mes de abril de 1610, lleno de fervor y cargado de ilusiones en su corazón, surca los mares...



Un día...

Un día y otro día al llegar Pedro a Cartagena de Indias, a Bogotá y a Tunja, que serán las tres ciudades más santificadas con su fogoso apostolado encontró escenas macabras que jamás hubiera querido presenciar y que ahora nos parecerán increíbles... La pluma se resiste a describir con colores reales tanta brutalidad y crueldad...

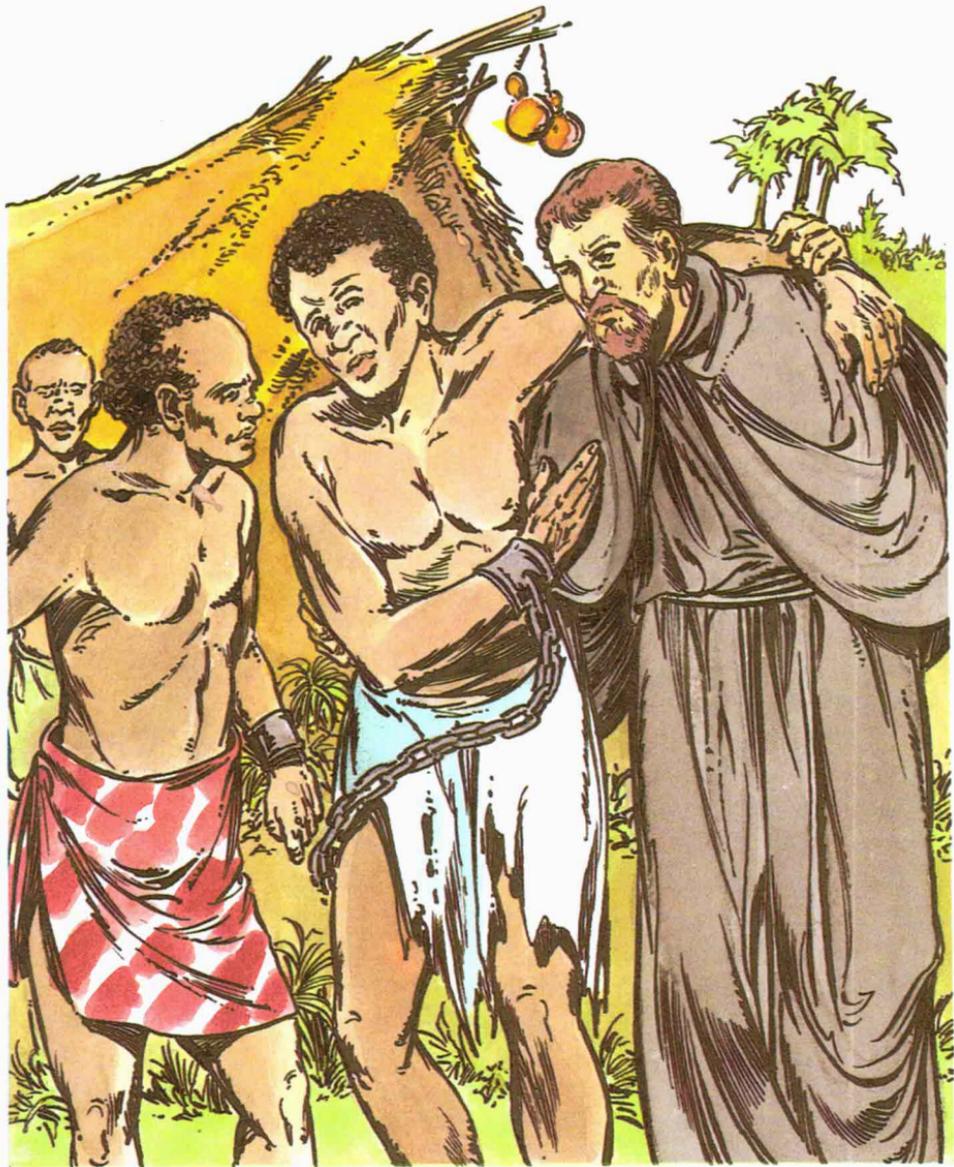
Era la venta de negros y las inicuas calamidades que ellos sufrían aún de parte de las personas que se decían civilizadas e incluso cristianos... Era común entonces y no llamaban la atención aquellas escenas como ahora... Yendo un día por las calles de Cartagena de las Indias se encontró con un mercado de negros:

—«¿Cuánto me da por esta negrita, Padre?... Está bien, tiene mucha fuerza. Sólo por los dientes debe tener unos veinte años. Puede hacerles un buen papel en el convento. Se la vendo por 200 piastras. Vd. podrá venderla muy bien por 500»...

Y el joven jesuita pasa de largo... Más adelante otra escena macabra:

—«Mire, mire, Padrecito, como está éste de hábil para los trabajos del campo» —y a la vez le daba terribles latigazos sobre su propio cuerpo para que corriera y demostrara ante el posible comprador que estaba en forma y que bien valía aquellas monedas de oro que pedía por él...

Pedro, recién llegado, pensaba qué podía hacer para atajar tanto mal. La cosa no era fácil porque estaba permitida por la ley. El lo único que podía era tratar de ayudarles dentro de sus posibilidades e ir mentalizando a los demás de que también ellos eran seres humanos redimidos por Jesucristo igual que todos los blancos.



Esclavo de los esclavos

Eran los esclavos todos los negros que traían de Africa para trabajar los campos de las Indias descubiertas, como si fueran burros de carga... Llegaban barcos llenos de estos pobres hombres tratados durante el camino mucho peor que se trata al ganado y por ello eran muchos –quizás más de la tercera parte de los que habían salido de Africa– los que no resistían los duros tratos de la travesía y eran arrojados al mar...

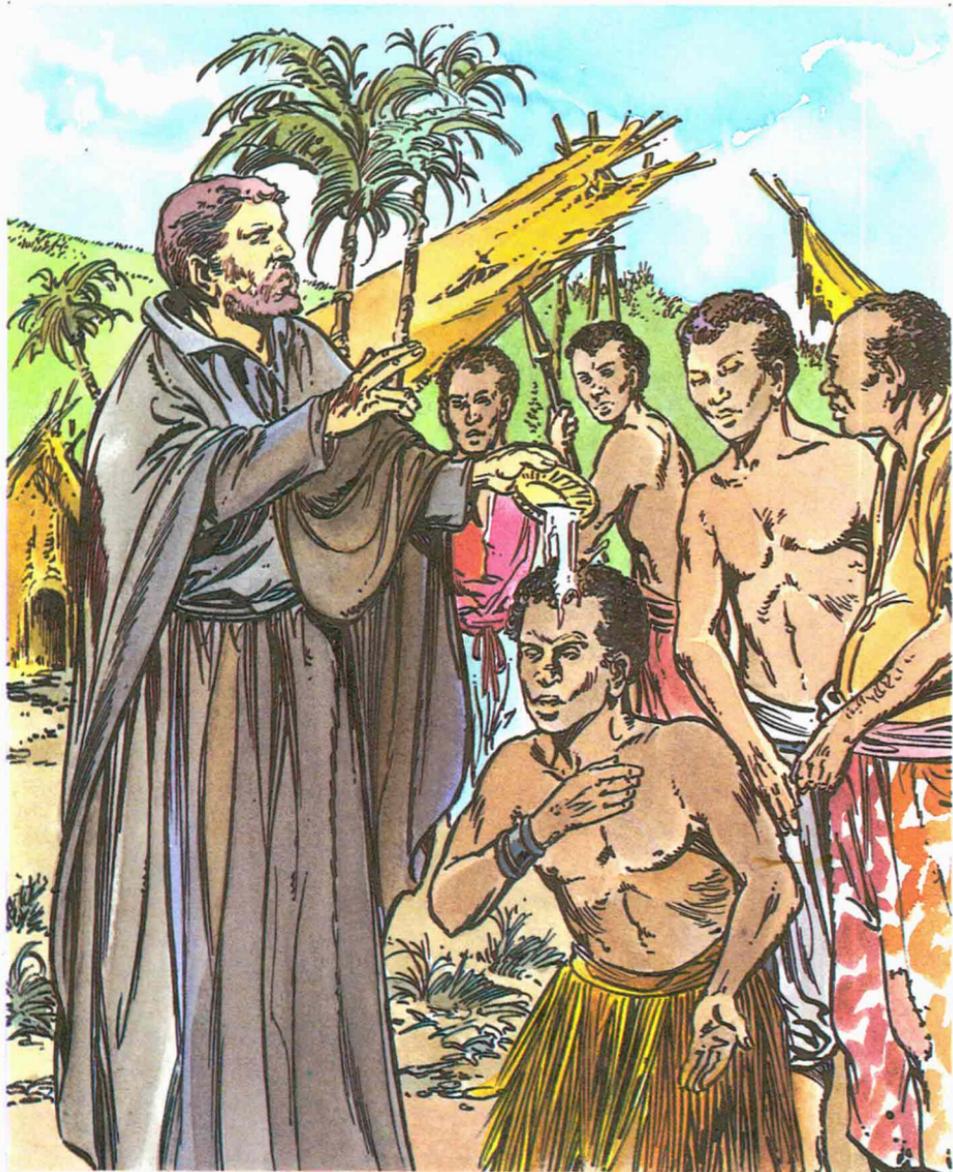
Por otra parte, ¿qué más les importaba? No tenían la esperanza de ser mejor tratados cuando llegaran a las Indias...

El Señor había enviado a un joven sacerdote español para paliar en parte tanto mal y por lo menos para mentalizar a los cristianos que aquello debía acabar y que había que tratar a todos como hermanos porque todos somos iguales y por todos ha muerto Nuestro Señor Jesucristo... librándonos de nuestras esclavitudes. Desde que Cristo Resucitó absolvió todas las esclavitudes y todos somos libres e hijos de Dios.

De esto estaba plenamente convencido Pedro Claver que se ordena sacerdote el día 20 de marzo de 1616... Seis años después hizo este voto que escribió en un sencillo papelillo amarillo pero que sobre todo esculpió en su gran corazón:

–«Pedro Claver, esclavo para siempre de los etópes (es decir, para los negros)».

Las escenas que él había presenciado atónito y sin poder remediar ahora quería el vivirlas en su misma carne y hacer menos penosas aquellas cruces a aquellos pobrecitos negros...



Padre. ¿cuántos esclavos ha bautizado?

La vida de Claver desde que llega a las Indias era ésta: Buscar el dolor y el desprecio para poderlo paliar en lo que él podía...

Conocía muy bien todos los lugares donde guardaban a los pobres esclavos para ser vendidos... Y allí acudía él cargado con lo que podía recoger entre las gentes.

—Por favor, ¿no me da alguna cosa para los pobres esclavos?

—Oiga, buena señora, ¿no tendría algo de sobra de comida o de ropa que Vd. ya no necesite para mis pobres esclavos?

—Mire, señor, yo le daré algo, si puedo conseguirlo, para que Vd. no trate así a estos pobres negros que también ellos son hijos de Dios...

No era raro que algunas veces recibiera improperios y malos tratos él mismo, por que algunos creían que el Padre Claver se metía donde no le llamaban y que obrando así abría los ojos a los pobres esclavos y ya no querrían trabajar...

Cuando se enteraba de que llegaba una embarcación cargada de esclavos allá se dirigía a toda prisa llevando una gran carga de cuanto había podido recoger: comida, vestidos, medicinas... y, sobre todo, un gran cariño y un enorme amor que sólo podía proceder del que le tenía a Cristo...

El Hermano Nicolás pasó con él 22 años acompañándole en todas sus correrías. El podía haber escrito una maravillosa obra de los trabajos que por sus esclavos hubo de pasar Pedro Claver... Un día le preguntó:

—«Padre Claver, ¿cuántos esclavos negros cree haber bautizado?».

—«Hermano Nicolás, según mi cuenta más de 300.000».



Si iba él

Yo creo que todos los santos han sido consecuentes con su vida. Ellos solían llevar a la práctica, a imitación de Jesús, lo mismo que predicaban a los demás. El Maestro nos enseñó: «Antes obrar que enseñar».

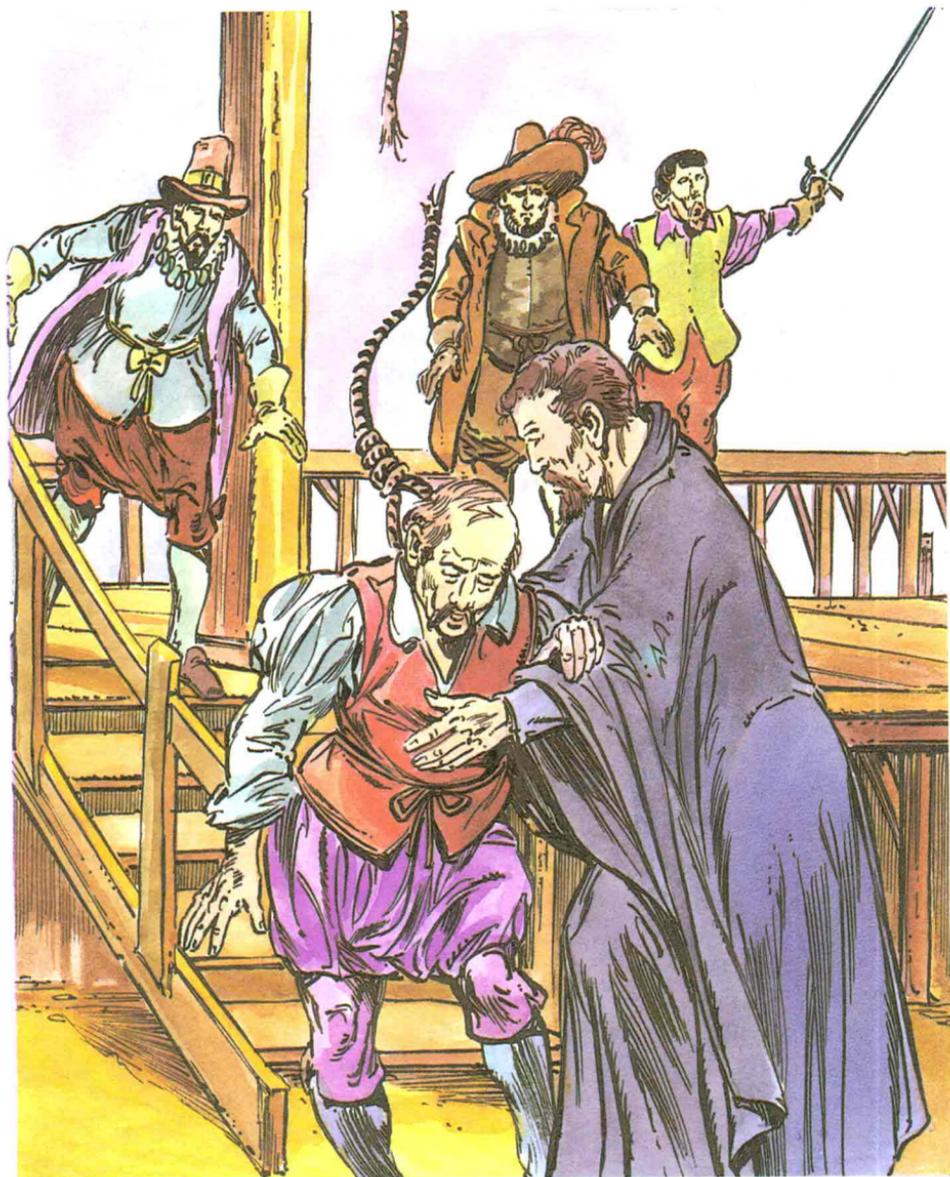
Padre Claver se propuso al llegar a las Indias una misión que ya le había preconizado el santo Hermanito Portero de Mallorca: Ayudar a los pobres esclavos y mediante esta ayuda, salvar sus almas, sin preocuparse de las muchas calamidades que para llevar adelante su misión habría que padecer...

Así iba él por aquellas calles y caminos del Nuevo Mundo:

En la mano llevaba un baston que terminaba en forma de cruz (algo así como la cruz que lleva el Papa en las procesiones). Sobre el pecho llevaba un crucifijo de bronce y a la espalda una gran alforja casi siempre llena de las más variadas cosas: alimentos, ropa, medicinas, utensilios, etc. Todo aquello que sabía podía ser útil para sus pobrecitos esclavos. También llevaba agua bendita para bautizarlos...

Por una clase de esclavos sentía una predilección especial. Eran aquellos que ya eran abandonados en el campo, en cualquier covacha, para que fueran alimento de los animales porque ya no les servían para la carga...

El recorría los campos y cuando daba con alguno de estos lo tomaba bajo su cuidado especial y le llevaba alimentos, ropa... y él mismo le curaba y atendía. No faltó ocasión que no pudiéndolo llevar a ninguno de los lugares donde los recogía lo metió en su misma habitación, aún a pesar de que sabía que sería mal interpretado...



El español ajusticiado

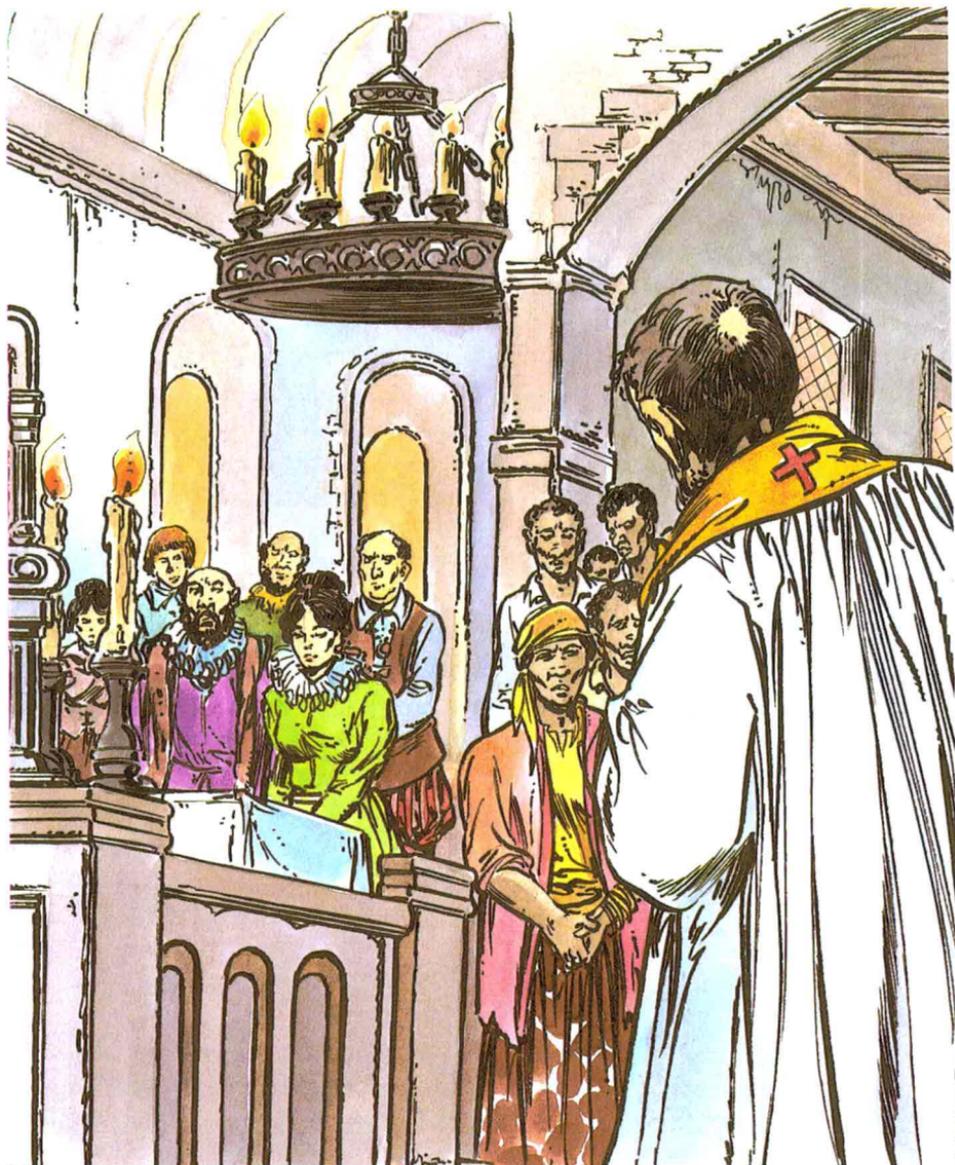
A Pedro Claver no le importaba el color, la religión ni la nacionalidad... Eran hijos de Dios y esto era lo interesante. Y a ellos, a los que sufrían es a quienes había que ayudar...

Los primeros eran ellos... Unos le interpretaban de una manera y otros de otra. A él eso le tenía sin cuidado. Si era para mayor gloria de Dios y salvación de las almas y si podía también de los cuerpos... Todo lo demás no le quitaba la paz de su alma dijeran lo que quisieran a sus espaldas o incluso delante de él mismo tratando de intimidarle o de desanimarle en su apostolado... Gozaba, gracias a Dios, de una gran independencia...

Un español fue acusado y condenado a muerte por acuñar moneda falsa. Pidió como gracia final que le acompañase en la hora de su muerte el Padre Claver. Padre Pedro estaba junto a la horca cuando iba a ser ajusticiado. Pero estando levantado en lo alto se rompió la cuerda y el reo cayó al suelo. Padre Claver corrió a auxiliarle, lo tomó en sus brazos y lo trató con gran afecto. Algunos legalistas clérigos que había allá y se enteraron de lo ocurrido dijeron que eso era favorecer el crimen y que por lo mismo incurrría en las censuras eclesiásticas. A ellos contestó con enterza evangélica Padre Claver:

—«¡Qué me importa caer en esas censuras si con ello salvo su alma!».

No conocía la mediocridad, maledicencia ni los respetos humanos. Le interesaban las almas, y cuando fueran de las más sencillas y humildes, tanto más...



«No, no, los primeros son mis negros»

La virtud del Padre Claver era lógico que se hiciera notar por más que él tratara de encubrirla. Y aunque fueran muchos sus detractores eran muchos más sus admiradores...

Las damas y caballeros más de pro de la ciudad que trataban de mejor vivir la vida cristiana acudían a él para pedirle consejo y para rogarle que fuera el director de sus conciencias...

No era infrecuente esta escena. Se encontraba en la Iglesia confesando y la mayor parte de los penitentes eran negros y pobres. A veces acudía alguna dama o caballero de postín y le rogaba que los oyera en confesión y el Padre Pedro contestaba:

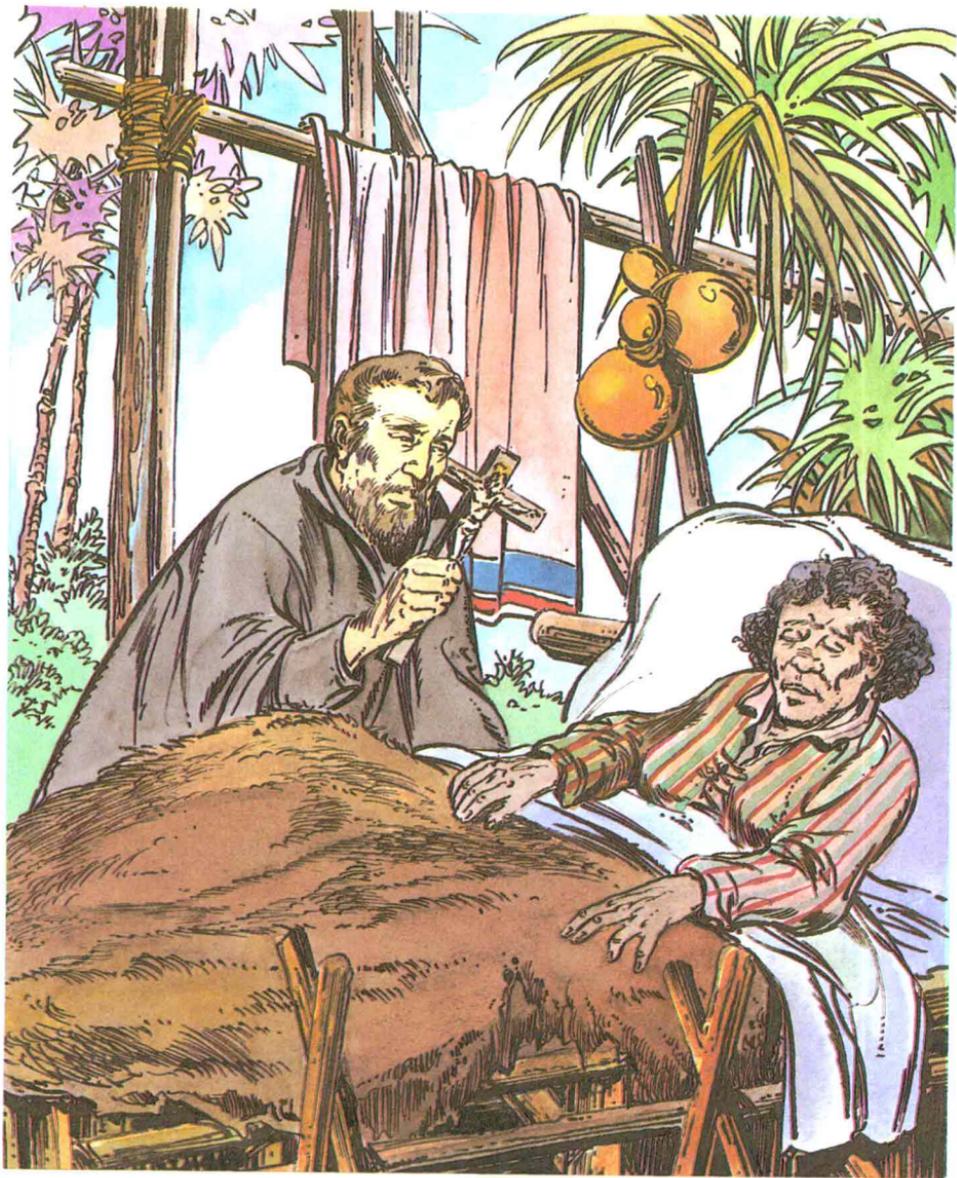
—«Sí, sí, pero no olviden que yo soy confesor de negros...

—Pero Padre —insistían—, ¿no nos podría escuchar antes a nosotros y en otro lugar aparte?

—¡Ah, no, no! Antes son los negros. Cuando haya terminado con ellos atenderé a Vd. A no ser que quieran ponerse en fila como los demás... Y en cuanto a oír sus confesiones en otra parte, no, no; como los negros, todos en la Iglesia».

No faltaron algunas damas que se figuraban que ya hacían bastante con visitar al Señor en la Iglesia y de cuando en cuando entregar lo que les sobraba para los pobres al Padre Claver. Acudieron a él para que no permitiera la entrada de los negros en la Basílica porque decían que dejaban un mal olor en la casa de Dios. Padre Claver les respondió:

—«La Casa de Dios es para todos los hombres y ellos son igual que los demás. Mis negros están lavados con la Sangre de Jesucristo y son hijos de Dios lo mismo que todas vosotras»...



¿Hasta cuándo, Padre?

Padre Pedro sabía muy bien que al cuerpo hay que tenerlo bien atado durante todos los días de nuestra vida, de lo contrario es fácil que él se nos monte y haga de las suyas...

Por ello Padre Claver aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para castigarlo y reducirlo siguiendo el sabio consejo de San Pablo, que decía:

—«Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre y hago en mi cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo».

También aceptaba muy gustoso cuantas afrentas y burlas le llegaban por esta entrega sin medida a favor de los que los demás despreciaban.

Cierto día Padre Claver daba su opinión sobre un problema que se discutía en comunidad. Uno de los padres, en el calor de la disputa, llegó a decirle con muy poca caridad y malos modales:

—«No se meta Vd. en teología Padre Claver, pues apenas si sabe Vd. latín; ocúpese de sus negros que con eso ya tiene usted bastante».

La gran caridad que tenía Padre Claver para los demás, sobre todo para los más pobres y necesitados, la convertía en dureza para consigo mismo.

Cuenta un testigo que le veían macerar su cuerpo bárbaramente y que iba lleno de cilicios «desde los dedos del pie hasta el cuello».

El hermano Lomparte le dijo un día:

—«¿Qué es eso, Padre? ¿Hasta cuándo ha de tener amarrado el borrico?»

—«Hasta la muerte, Hermano» —se limitó a contestarle.

El borrico aquél no era otro que su propio cuerpo... Así le llamaba San Francisco de Asís y le han llamado otros muchos santos. Hay que morir luchando contra él.



La prueba suprema

El Señor normalmente ha permitido que sus elegidos hayan experimentado todas las pruebas del dolor antes de morir... A Pedro Claver le habían acompañado durante toda su vida durísimas pruebas pero aún le faltaban las más fuertes.

Será la prueba del *abandono*.

Llegó en uno de los barcos de esclavos el cólera y entre los apestados uno fue Padre Claver, como fruto de su gran caridad para con los pobres y apestados...

El Hno. Nicolás cuenta este hecho:

—«Yo acompañé en cierta ocasión a P. Claver a una enferma que despedía un hedor insoportable. A mí me alborotó el estómago y me caía por tierra. El Padre me dijo:

—Retírese, Hermano. Y vi poner los labios del santo Padre en las llagas asquerosas de la pobre esclava negra... Aquel hombre era un santo y un héroe a la vez»...

Aunque no murió por efectos del cólera pero sí que quedó paralítico y así vivió aún durante cuatro años en una silla de ruedas atendido tan solo por un esclavo negro llamado Manuel.

¡Permisiones de Dios!... Todos le abandonaron y los dolores más atroces se cebaron en sus carnes. Aquello era insoportable.

Cuando todo se echaba contra él: abandono, dolores... él lo aceptaba todo con gran gozo.

Desde hoy eres libre

Al enterarse de la muerte del Santo Padre Claver, todos corrían a visitarlo. Todos querían verlo... Todos deseaban tocar su cuerpo o algún objeto piadoso a su cuerpo que ya lo veneraban como reliquia...

Los negros sobre todo lloraban la pérdida irreparable de su Padre bondadoso y caritativo y se preguntaban:

—¿Quién nos defenderá ahora?... Ha muerto nuestra última esperanza. Que vele sobre nosotros desde el cielo...

El mismo día 8 de septiembre de 1654, Doña Isabel de Urbina, digna señora de la nobleza de Cartagena, dijo a su esclava Margarita —joven negra del Caboverde y que era muy querida por el Padre Claver porque le ayudaba a preparar platos en la cocina para sus pobres enfermos—, llena de alegría y como inspirada por la acción ya milagrosa de aquel Santo que acababa de morir:

—«Margarita, desde hoy eres libre. El Padre Claver me ha inspirado a que te dé la libertad. Desde ahora puedes hacer lo que te plazca: O volver tu tierra o quedarte conmigo, pero no como esclava sino como hija o hermana»...

Era la gracia última que regalaba a sus pobres negros esclavos aquel hombre que durante sus largos cuarenta años que pasó trabajando por ellos no tuvo otra obsesión que ésta: Darles la libertad, que fueran tratados como seres humanos, que salvaran su alma...

Hoy, después de más de tres siglos que murió, es tenido como uno de los Santos más querido y venerado en toda América... Cada año por delante de su cuerpo, que se conserva en Cartagena de Colombia, pasan más de cien mil peregrinos para darle gracias y pedir su intercesión poderosa...

ISBN: 84-7656-129-6



9 788476 561294